

atrae poco á poco á una civilizacion, mas suave de que no han tenido ejemplo en derredor de sí.

Levantámonos con el sol cuyos primeros rayos herian los templos de Balbek, y daban á aquellas misteriosas ruinas aquel brillo de eterna juventud que la naturaleza sabe dar á su arbitrio aun á lo que ha destruido el tiempo. Despues de un breve almuerzo fuimos á tocar con la mano lo que todavía no habiamos hecho mas que ver; acercámonos lentamente á la colina artificial para abarcar bien con la vista las diferentes masas de arquitectura que la componen;—pronto llegamos, por la parte del Norte bajo la sombra misma de las gigantescas paredes que, por aquel lado, rodean las ruinas;— un hermoso arroyo, derramado fuera de su cauce de granito, corria bajo nuestros piés, y formaba de trecho en trecho, laguitos de agua corriente y límpida que murmuraba y espumaba alrededor de las enormes piedras desprendidas de lo alto de las paredes, y de las esculturas sepultadas en el cauce del arroyo. Pasamos el torrente de Balbek á favor de aquellos puentes que el tiempo ha echado sobre él, y subimos por una angosta y escarpada brecha hasta la azotea que rodeaba aquellas tapias: á cada paso, á cada piedra que tocaban nuestras manos, que median nuestras miradas, la admiracion y el asombro nos arrancaban una esclamacion de sorpresa y maravilla. Cada uno de los morillos de aquella tapia

esterior tenia por lo menos de ocho á diez piés de longitud, sobre cinco ó seis de anchura é igual altura. Aquellos cantos, enormes para la mano del hombre, estriban sin argamasa, uno sobre otro, y casi todos llevan rastro de escultura de una época india ó egipcia. Se ve, á la primera ojeada, que aquellas piedras desmoronadas ó demolidas sirvieron primitivamente á un uso muy distinto del de formar tapias exteriores, y que eran los preciosos materiales de los monumentos primitivos, de que luego se ha hecho uso para cercar los monumentos de los tiempos griegos y romanos. Era uso comun, y aun creo que religioso, entre los antiguos, cuando un edificio sagrado era derribado por la guerra ó por el tiempo, ó querian las artes mas adelantadas renovrle perfeccionándole, servirse de las materiales para las construcciones accesorias de los monumentos restaurados, á fin sin duda de no dejar profanar, con usos vulgares, las piedras que habia tocado la sombra de los dioses, y tambien, tal vez, por respeto á los antepesados, y á fin de que el trabajo humano de las diferentes épocas no quedase sepultado bajo tierra, sino antes bien diese testimonio de la devocion de los hombres y de los progresos sucesivos del arte; lo mismo sucede en el Paternon, donde los mnros del Acrópolis, reedificados por Pericles, contienen los materiales lebrados del templo de Minerva. Varios viajeros modernos han sido inducidos á error,

por no reconocer este piadoso uso de los antiguos, y han tomado por construcciones bárbaras de los turcos ó de los cruzados, edificios construidos de este modo desde la mas remota antigüedad.

Algunas de las piedras de la pared tenian veinte y treinta piés de longitud, sobre siete ú ocho de altura.

Cuando llegamos á la cima de la brecha no sabian nuestros ojos donde fijarse de preferencia; por do quiera veiamos puertas de mármol de una altura y de una longitud prodigiosas ventanas ó nichos rodeados de las mas admirables esculturas, arcos decorados con los mas primorosos ornatos; pedazos de cornisas, de entablamentos ó de capiteles tirados por los suelos, bóvedas artesonadas; todo en derredor nuestro era misterio, confusion, desórden, obras maestras del arte, despojos del tiempo, inesplicables maravillas; apenas habiamos hechado una mirada de admiracion á un lado, cuando una nueva maravilla nos atraia al oiro: cada interpretacion de la forma ó del sentido religioso de los monumentos quedaba destruida por otra. En aquel laberinto de congeturas nos perdiamos inútilmente; es imposible reconstruir con la mente los edificios sagrados de una época ó de un pueblo cuya religion y costumbres ne se conocen á fondo. El tiempo se lleva consigo sus secretos y deja sus enigmas á la ciencia humana, para bularse de ella y engañarla. Pronto renunciarnos á labrar ningun sistema sobre

el conjunto de aquellas ruinas; resignámonos á mirar y admirar, sin comprender otra cosa mas que el poder colosal del genio del hombre, y la fuerza de la idea religiosa que habian podido remover tales moles y llevar á cabo tan grandes portentos.

Todavía nos separaban de la segunda escena de las ruinas algunas construcciones interiores que nos ocultaban la vista de los templos; segun todas las apariencias, no estábamos mas que en las habitaciones de los sacerdotes ó en el solar de algunas capillas particulares, consagradas á usos desconocidos. Atrabesamos aquellas construcciones monumentales, mucho mas rica que los muros exteriores, y nos hallamos delante de la segunda escena de las ruinas. Mucho mas ancha, mucho mas larga, mucho mas decorada que la primera de donde salimos, ofrecia a nuestras miradas una inmensa plataforma cuadrilonga; cuyo nivel interrumpian a menudo restos de piedras mas elevadas, que parecia que habian pertenido a templos totalmente destruidos, ó a templos sin techo en los que el sol, adorado en Balbek, podia ver su altar. En derredor de aquella plataforma se estiende una serie de capillas, decoradas con nichos, admirablemente labrados; de frisos, de cornisas, de artesones del mas acabado trabajo, pero del trabajo de una época ya corrompida de las artes; obsérvase en el el gusto recargado de ornatos, de las

épocas de decadencia de los griegos y de los romanos,—pero para sentir esta impresion, es preciso tener el ojo ejercitado ya por la contemplacion de los puros monumentos de Atenas ó de Roma; no siendo así, cualquiera quedaria fascinado por el esplendor de las formas y lo acabado de los adornos. El único vicio aquí es un exceso de riqueza; la piedra desaparece bajo su propio lujo, y los encajes de mármol circulan por todas partes sobre las paredes. Todavía ecsisten, casi intactas ocho ó diez de esas capillas que parece que siempre han ecsistido así, abiertas sobre el cuadrilongo que rodean y donde sin duda se celebraban de dia los misterios del culto de Baal. No trataré de describir los mil objetos de asombro y admiracion que cada uno de aquellos templos, que una de aquellas piedras, ofrecen a la vista del espectador. No soy ni escultor ni arquitecto; ignoro hasta el nombre que toma la piedra en tal ó cual sitio, en tal ó cual forma: hablaría mal una lengua desconocida,—pero entiendo esa lengua universal en que habla lo bello a los ojos, aun del ignorante,—que lo misterioso y lo antiguo hablan a la mente y al alma del filósofo,—y jamas reñó tan clara en mis oidos como en aquel caos de mármoles, de misterios que atestan aquel maravilloso patio.

Y sin embargo todavía era nada aquello en comparacion de lo que íbamos a descubrir.

Multiplicando con el pensamiento los restos de los templos de Júpiter Stator, en Roma, del Colisco, del Partenon, podria uno representarse aquella escena arquitectural; lo único verdaderamente pasmoso que habia aún era la prodigiosa aglomeracion de tantos monumentos, de tantas riquezas y de tanto trabajo en un solo recinto, en medio del desierto y sobre las ruinas de una ciudad casi desconocida:—arrancámonos lentamente de aquel espectáculo y anduvimos hácia el mediodia, donde se alzaba la cabeza de seis gigantescas columnas como un faro sobre aquel horizonte de ruinas; para llegar a ellas, tuvimos todavía que atravesar paredes exteriores, altos atrios, pedestales y cimientos de altares que por todas partes obstruian el espacio entre aquellas columnas y nosotros; al cabo llegamos á su pié. El silencio es el único language del hombre cuando lo que siente excede la ordinaria medida de sus impresiones, y así permanecemos mudos contemplando aquellas seis columnas, midiendo con la vista su diámetro, su elevacion y la admirable escultura de sus arquivitres y de sus cornisas: tienen siete piés de diámetro y mas de setenta de altura; compónense solamente de dos ó tres pedazos, tan perfectamente unidos entre sí que apenas se pueden discernir las líneas de juntura; su materia es una piedra de un color amarillo ligeramente dorado, algo menos brillante que el mármol: el sol las heria entonces

por un solo lado, y nos sentamos un momento á su sombra: grandes pájaros, parecidos á águilas, volaban asustados del ruido de nuestros pasos, encima de los capiteles donde tienen sus nidos, y volviendo á posarse sobre los acantos de las cornisas, los golpeaban con el pico y batian las alas como animados adornos de aquellos restos maravillosos. — Aquellas columnas, que algunos viajeros han tomado por los restos de un ingreso de ciento cuatro pies de largo y de cincuenta y seis de ancho que conducia antiguamente á un templo, me parecen evidentemente haber sido la decoracion exterior del mismo templo. Ecsaminando mas atentamente el templo mas pequeño que ecsiste entero al lado, se reconoce que fué construido con arreglo al mismo plan. Lo que me parece proplable, es que despues de la ruina del primero de resultas de un terremoto, se construyó el segundo sobre el mismo modelo, y hasta que se empleó en su construccion una parte de los materiales conservados del primer templo: que únicamente se disminuyeron sus proporciones, demasiado gigantescas para una época de decadencia; que se mudaron las columnas que se rompieron al desmoronarse; que dejaron subsistir las que no habian padecido detrimento, como un sagrado recuerdo del antiguo edificio; si así no fuera, quedarian otros restos de grandes columnas alrededor de las seis que subsisten en pié. Todo indica por el contrario que el area que las rodea estaba vacía y

escombrada desde los tiempos mas remotos, y que un rico atrio servia para las ceremonias de un culto en derredor de ellas.

En frente teniamos, por el lado de medio dia, otro templo, colocado en la orilla de la plataforma, á cosa de cuarenta pasos de nosotros, que es el monumento mas completo y magníficos de Balbek, y aun me atreveré á decir, del mundo entero; si se levantaran una ó dos columnas del peristilo que han rodado sobre las laderas de la plataforma y que todavía están con la cabeza apoyada en las paredes intactas del templo; si se repusieran en su sitio algunos de los enormes artesones que han caido del techo al vestíbulo; si se restaurase la puerta interior, á la que faltan dos ó tres pedazos esculpidos y volviese el altar á su forma y á su sitio, se podria restablecer á los dioces en él y llamar á los sacerdotes y al pueblo; todos ellos reconoceran su templo, tan completo, tan intacto, tan brillante como el dia en que salió de manos del arquitecto. Este templo tiene proporciones inferiores al que recuerdan las seis columnas colosales; le rodea un pórtico sostenido por columnas de órden corintio, cada una de las cuales tiene sobre cinco piés de diámetro y cuarenta y cinco de altura, contando solo la caña; las columnas se componen cada una de tres pedazos puestos unos sobre otro; están á nueve piés una de otra y á la misma distancia de la pared interior del templo; sobre los capiteles de

las columnas se estienden un rico alquitrave y una cornisa admirablemente esculpida.

Forman el techo de este peristilo anchos pedazos de piedra cóncava labrados a cincel, formando artesones, cada uno de los cuales representa la figura de un Dios, de una diosa ó de un héroe; entre aquellas figuras reconocimos un Ganimedes arrebatado por el águila de Júpiter: algunos de aquellos pedazos de piedra han caido al suelo al pie de las columnas; los medimos y vimos que tienen diez y seis pies de longitud y sobre cinco de grueso! Tales son las tejas de aquellos monumentos. La puerta interior del templo, formada de pedazos igualmente enormes, tiene veintidos pies de anchura; no pudimos medir la altura porque en aquel sitio se han desmoronado otras piedras que casi la cubren. El aspecto de las piedras labradas que componen las caras de aquella puerta, y su desproporcion con los restos del edificio, me hacen presumir que es la puerta del gran templo destruido que se ha incluido en este; las misteriosas esculturas que la decoran, son, en mi concepto, de una época muy distante de la época Antonina y de un trabajo infinitamente menos puro; un águila, que lleva un caduceo en sus garras, estiende sus alas sobre la abertura; de su pico salen festones de cintas ó de cadenas sostenidos en su estremidad por dos famas. El interior del monumento está decorado con pilares y nichos de la mas rica y re-

cargada escultura: nos llevamos algunos fragmentos de aquellas esculturas que andaban esparcidos por el atrio. Hay nichos perfectamente intactos y que parece que acaban de salir del taller del escultor. No lejos de la entrada del templo, hallamos inmensas aberturas y escaleras subterráneas que nos condujeron á otras construcciones inferiores, cuyo uso no puede determinarse; todo en ellas es igualmente vasto y magnífico;—sin duda eran las viviendas de los pontífices, los colegios de los sacerdotes, las salas de las iniciaciones, y acaso tambien sitios reales; recibian la luz de arriba, ó por las laderas de la plataforma en las que remataban aquellas salas. Temiendo perdernos en aquellos laberintos, no visitamos mas que una pequeña parte de ellos, pero parece que se estienden por toda el area de aquel monte. El templo que acabo de describir está colocado en la estremidad sudoeste de la colina monumental de Balbék, y forma el ángulo mismo de la plataforma. Saliendo de aquel peristilo, nos hallamos en la orilla de precipicio, y pudimos medir las piedras ciclopeas que forman el pedestal de aquel grupo de monumentos; este pedestal tiene sobre treinta pies de altura sobre el nivel de la llanura de Balbek; está construido con piedras cuya dimension es à tal punto prodigiosa, que si no la atestiguasen viajeros fidedignos, nadie la creeria; la imaginacion de los mismos árabes, continuos testigos de aquellas

maravillas, no las atribuye al poder del hombre sino al de los genios ó potestades sobrenaturales. Cuando se considera que algunos de aquellos pedazos de granito labrado tienen hasta cincuenta y seis pies de longitud sobre quince ó diez y seis de anchura, y un espesor desconocido, y que aquellas enormes moles están elevadas unas sobre otras á veinte ó treinta pies del suelo, que se han sacado de canteras lejanas, que ha habido que acarrearlas allí y levantarlas a tanta elevacion para formar el pavimento de los templos, la imaginacion se espanta de semejante prueba de las fuerzas humanas; la ciencia de nuestros dias no tiene nada que la explique, y no hay que admirarse de que se tenga que recurrir entonces a lo sobrenatural. Estas maravillas no son evidentemente contemporáneas de los templos, y eran un misterio para los antiguos como para nosotros; pertenecen á una época desconocida, a una época antediluviana tal vez; verosimilmente han sostenido muchos templos consagrados a cultos sucesivos y diversos. A la simple vista, se reconocen cinco ó seis generaciones de monumentos, pertenecientes a diversas épocas, en la colina de las ruinas de Balbek. Algunos viajeros y algunos escritores árabes, atribuyen estas construcciones primitivas a Salomon, tres mil años antes de nuestra edad, y dicen que construyó en el desierto a Tadmor y a Balbek. La historia de Salomon exalta la imaginacion de los orientales,

pero esta suposicion, á lo menos en lo tocante a las gigantescas construcciones de Heliópolis, no es nada verosimil.

¿Cómo un rey de Israel, que no poseia ni un puerto de mar á diez leguas de sus montañas, que tenia de valerse de la marina de Hiram, rey de Tiro, para traerle los cedros del Líbano, hubiera podido dilatar su dominio mas allá de Damasco y hasta Balbek? ¿Cómo un príncipe, que queriendo erigir el templo de los templos, la casa del Dios único en su capital, no empleó en ella mas que materiales frágiles y que no pudieron resistir al tiempo, ni dejar ningun vestigio duradero, hubiera podido erigir, á cien leguas de su pueblo, en desiertos desconocidos, monumentos contruidos con materiales imperecederos? ¿no hubiera empleado mas bien su fuerza y su riqueza en Jerusalem? ¿y qué queda en Jerusalem por donde pueda rastrearse la existencia de monumentos semejantes á los de Balbek? Nada:—luego no pueden ser obra de Salomon; mas bien me inclino á creer que aquellas gigantescas piedras fueron removidas, ya por aquellas primeras razas de hombres que todas las historias primitivas llaman gigantes, ya por los hombres antediluvianos. Se asegura que, no lejos de allí, en un valle del anti-Líbano, se descubren huesos humanos de un tamaño inmenso, y esta voz tiene tanta consistencia entre los árabes vecinos, que el cónsul gene-

ral de Iglaterra en Siria, M. Farren, hombre de alta instruccion, se propone ir muy pronto á visitar aquellas misteriosas sepulturas. Las tradiciones orientales, y aun el mismo monumento erigido sobre la supuesta sepultura de Noé, á corta distancia de Balbek, signan esta residencia al patriarca. Los primeros hombres salidos de ella pudieron conservar mucho tiempo todavía la estatura y las fuerzas que tenia la humanidad antes de la submersion total ó parcial del globo, y es posible que estos monumentos sean obra suya. Aun suponiendo que la raza humana nunca haya pasado de sus actuales proporciones, las proporciones de la inteligencia humana pueden haber cambiado; ¿quién nos dice que aquella inteligencia mas jóven no habia investido procedimientos mecánicos mas perfectos para remover, como un grano de arena, aquellas moles que un ejército de mil hombres no removeria hoy? Como quiera que sea, algunas de aquellas piedras de Balbek, que tienen hasta sesenta y dos piés de longitud y veinte de anchura sobre quince de densidad, son las mas prodigiosas moles que la humanidad ha puesto jamas en movimiento. Las mayores piedras de las pirámides de Egipto no pasan de diez y ocho piés, y no son mas que pedazos escepcionales colocados para un fin de solidez especial en ciertas partes de aquellas construcciones.

Torciendo el ángulo norte de la plataforma,

las paredes que la sostienen están igualmente bien conservadas, pero la masa de los materiales que la componen es menos asombrosa, á pesar de que las piedras tienen en general de veinte á treinta piés de longitud sobre ocho ó diez de anchura. Esas paredes, mucho mas antiguas que los templos superiores, están cubiertas de una tinta gris y presentan de trecho en trecho algunos agujeros en sus ángulos de juntura: aquellos boquetes están llenos de nidos de golondrinas y dejan pender ramilletes de arbustos y de flores parietarias. El color grave y sombrío de las piedras de la base contrasta con la tinta espléndida y dorada de las paredes de los templos y de las hileras de columnas de la cima. Al ponerse el sol, cuando sus rayos se deslizan entre los pilares y chorrean en ondas de fuego entre las volutas y los acantos de los capiteles, los templos resplandecen como oro puro sobre un pedestal de bronce. Bajamos por una brecha formada en el ángulo sud de la plataforma, donde han rodado algunas columnas del pequeño templo, con su arquitrave, al torrente que corre a lo largo de las tapias ciclopeas. Aquellos enormes fragmentos de columnas, agrupados a la casualidad en el cauce del torrente, y en la rápida pendiente del foso, se han quedado y se quedarán sin duda eternamente donde se encuentran; algunos nogales y otros árboles han germinado entre aquellas piedras, las cubren con sus ramas y las

ciñen con sus anchas raíces. Los árboles mas gigantescos parecen juncos de ayer al lado aquellos troncos de columnas de veinte pies de circunferencia y de aquellos pedazos de acanto de los cuales uno solo cubre la mitad del torrente. No lejos de allí, por el lado del norte, abriase delante de nosotros una inmensa boca en las laderas de la plataforma; bajamos a ella.

La luz exterior que penetraba en su centro por las dos estremidades la iluminaba suficientemente; seguimosla en toda su longuitud de quinientos pies, pues circula por toda la estension de los templos; tiene unos treinta pies de elevacion, y las paredes y la bóveda están formadas con piedras cuya mole nós admiró, aun despues de las que acabábamos de contemplar. Aquellos pedazos de piedra de silleria labrada a cincel, tienen tamaños desiguales, pero casi todos varian de diez a veinte pies de longitud; la bóveda es circular, y las piedras están unidas sin argamaza:—no pudimos adivinar el destino de aquel recinto. En la estremidad occidental, aquella bóveda tiene un ramal mas elevado y vasto todavía, que se prolonga bajo la plataforma de los pequeños templos que visitamos los primeros; allí volvimos á hallar mucha luz, el torrente girando entre innumerables pedazos de arquitectura desmoronados de las alturas, y hermosos nogales alzándose en el polvo de aquellos mármoles. Los otros edificios antiguos de Bal-

bek, diseminados delante de nosotros en el llano, atraian nuestras miradas, pero nada bastaba a interesarnos despues de lo que acabábamos de recorrer. Echamos al paso una ojeada superficial sobre cuatro templos que todavía serian maravillas en Roma y que aquí parecen obras de enanos. Aquellos templos, unos de forma octógona y con muy elegantes ornatos, otros de forma caudrada con peristilos de columnas de granito egipcio y aun de columnas de pórfido, me parecen de época romana. Uno de ellos sirvió de iglesia en los primeros tiempos del cristianismo; todavia se distinguen en él símbolos cristianos. Actualmente está descubierto y arruinado; los árabes le van despojando a medida que necesitan una piedra para sostener su techo ó un pilon para abreviar sus camellos.

Un mensajero del emir de Balbek nos andaba buscando y nos encontró allí: venia de parte del príncipe á darnos la bienvenida y a suplicarnos que asistiésemos a una carrera de djerid, especie de torneo, que daria en nuestro obsequio al dia siguiente por la mañana en la llanura situada al pie de los templos. Dímosle las gracias y aceptamos; luego envié a mi dragoman, acompañado por algunos de mis genízaros, a hacer de mi parte una visita al emir. Volvimos a casa del obispo a descansar de nuestra escursion, pero apenas habiamos comido

un pedazo de torta y el carnero con arroz preparado para nuestros camelleros, cuando ya todos andábamos vagando sin guía y a la ventura al rededor del monte de las ruinas, ó en los templos cuyo camino ha biamos aprendido por la mañana. Cada uno de nosotros se fijaba en las ruinas ó en el punto de vista que acababa de descubrir, y llamaba de lejos a sus compañeros para que fuesen a disfrutarle, pero no podia uno arrancarse de un objeto sin perder otro tambien interesante, y así acabamos por abandonarlos, cada cual por su lado, a la ventura de nuestros descubrimientos. Las sombras de la tarde, que descendian lentamente de las montañas de Balbek é iban sepultando una a una las columnas y las ruinas en su oscuridad, añadian un misterio mas, y efectos mas pintorescos, a aquella obra mágica y misteriosa del hombre y del tiempo; allí conociamos lo que somos, comparados a la grandeza y a la eternidad de aquellos monumentos,—pobres golondrinas que se anidan por una estacion en las grietas de aquellas piedras, sin saber para quien y por quien han sido reunidas. Las ideas que han removido aquellas moles, que han acumulado aquellas piedras, nos son desconocidas; el polvo de mármol que pisamos sabe mas que nosotros, pero no puede decirnos nada, y dentro de algunos siglos, las generaciones que visiten a su vez las ruinas de nuestros monumentos de hoy, se pre-

guntarán igualmente, sin poder responderse, porque hemos labrado y esculpido.

Las obras del hombre duran mas que su pensamiento; el movimiento es la ley del espíritu humano; lo definitivo es el sueño de su orgullo ó de su ignorancia; Dios es un fin que se va alejando a medida que la humanidad se acerca a él; siempre avanzamos y nunca llegamos; la gran figura divina, que el hombre procura desde su infancia fijar definitivamente en su imaginacion y encerrar en sus templos, se ensancha, se agranda siempre, escede a los pensamientos estrechos y a los templos limitados, y deja vacios los templos y desmoronarse los altares, para llamar al hombre a buscarla y verla donde se manifiesta cada vez mas, en el pensamiento, en la inteligencia, en la virtud, en la naturaleza y en lo infinito!

La misma fecha, al anochecer.

¡Feliz el que tiene alas para alzarse y volar sobre los siglos trascurridos, para posarse sin vértigos sobre esos maravillosos monumentos de los hombres, para sondear desde esa altura los abismos del pensamiento, del destino humano; para medir con la vista el camino de la inteligencia humana, caminando paso á paso en esa media luz de las filosofías, de las religiones, de las legislaciones sucesivas;

para orientarse, como el navegante, en unos mares sin orillas visibles, y adivinar en qué punto de los tiempos vive y á qué manifestacion de verdad y de divinidad llama Dios á la generacion de que forma parte!

Balbeck, 29 de Marzo, á media noche.

Ayer fuí solo á la colina de los templos, á la luz de la luna, á pensar, llorar y hacer oracion. Dios sabe lo que lloro y lo que lloraré mientras me queden un recuerdo y una lágrima. Despues de haber rogado por mí y por los que forman parte de mí, he rogado por todos los hombres. Aquella gran tienda derribada de la humanidad, sobre cuyas ruinas estaba sentado, me inspiró sentimientos tan enérgicos y ardientes, que casi espontáneamente se eschalaron en versos, lenguaje natural de mi pensamiento, siempre que mi pensamiento me domina.

Esta mañana los escribí en el sitio mismo y en la piedra donde los sentí anoche:

## VERSOS

### ESCRITOS EN BALBEK.

Desiertos misteriosos,  
 Cuyas anchas colinas son los huesos  
 De pueblos, cuyo nombre ha perecido;  
 Colosales peñones  
 Que ha arrastrado el torrente de las ruinas;  
 De un pueblo, inmenso cause desecado;  
 Templos que, como un árbol, las montañas  
 Desarraigado habeis, para que fueran  
 Vuestros firmes cimientos;  
 Timas donde cabrian  
 Rios enteros; altas columnatas  
 Esparcidas sin órden por el suelo;  
 Profundas calles de arcos y pilares  
 Donde como el seno de las nubes,  
 Se pierde la luz clara de la luna;  
 Capiteles que ofuscan mis miradas;  
 Inmensos caracteres estampados  
 Del globo en la corteza,  
 Solo para tocaros con la mano,  
 Solo para sondar vuestros misterios,  
 Un viagero ha venido de Occidente!

Cien veces el camino que su nave  
 Ha seguido en las olas,  
 Desplegó sus variados horizontes!  
 A la ventura abandonó su vida.  
 Y desgastó sus piés trepando montes;  
 Los ardores estivos  
 La lona de su tienda han abrasado.  
 Sus hermanos y amigos  
 Se consumen cansados de esperarle,  
 Y si algun día á sus hogares vuelve,  
 Ni su voz ni su mano  
 Podrá reconocer su mismo perro.  
 En su camino el mísero ha perdido  
 La estrella de sus ojos, la querida  
 Hija que en sus hogares  
 Vida y luz esparcía!... sin memoria  
 Morirá, morirá sin descendencia!...  
 Y aquí ahora sentado entre estas ruinas  
 Oye solo del viento el silvo triste;  
 Su frente un peso insoportable abruma  
 Y su pecho sofoca;  
 El pensamiento, el corazon han muerto!

Lo que sigue es demasiado íntimo.

La misma fecha.

Depues de transmontar las cumbres de Sannin, cubiertas de nieves eternas, bajé del Líbano, coronado de su diadema de cedros, al pelado y estéril desierto de Heliópolis, al fin de una larga y penosa jornada. En el horizonte todavia distante, en las últimas gradas de las negras montañas del Anti-Líbano, un grupo inmenso de ruinas amarillas dorado por el sol poniente, se destacaba de la sombra de las montañas y repercuteaba los rayos de la tarde. Nuestros guías nos le señalaban con el dedo y exclamaban ¡Balbek! ¡Balbek! Era en efecto la maravilla del desierto, la fabulosa Balbek que salia toda esplendente de su sepulcro desconocido, para hablarnos de unos siglos cuyo recuerdo ha perdido la historia. Auazábamos lentamente al paso de nuestros caballos fatigados, fijos los ojos en las gigantescas paredes, en las deslumbradoras y colosales columnas que parecia que iban agrandándose à medida que nos acercábamos; un profundo silencio reinaba en toda nuestra caravana; cada cual hubiera temido perder una impresion de aquella hora comunicando la que acababa de tener. Los mismos árabes callaban, y parecia que recibian tambien un fuerte y grave pensamiento de aqual espectáculo que nivela todos los pensamientos. En

fin, llegamos á los primeros fragmentos de columnas, á los primeros pedazos de mármol que los torrentes han sacudido hasta á mas de una milla de los monumentos á que pertenecieron, como las hojas secas arrastradas lejos del árbol despues del huracan; las profundas y anchas cantera que hienden, como gargantas de valles, las negras laderas del Anti-Líbano, abrian ya sus abismos bajo los piés de nueetros caballos; aquellos vastos boquerones de piedra, cuyas paredes conservan las profundas huellas del cincel que los abrió para sacar de ellos otras colinas de piedra, mostraban todavía algunos otros peñones gigantescos medio desprendidos de su base, y otros labrados en sus cuatro caras y que no esperan mas que los carros ó los brazos de las generaciones de gigantes para removerlos. Uno solo de aquellos cantos de Balbek tenia sesenta y dos piés de largo sobre veinticuatro de anchura y diez y seis de espesor. Uno de nuestros árabes, apeándose de su caballo, se dejó resbalar dentro de la cantera y, trepándose sobre aquella piedras, agarrándose á las entalladuras del cincel y á los musgos que crecen en ellas, subió sobre aquel pedestal y corrió de un lado á otro sobre aquella plataforma dando gritos, pero el pedestal aniquilaba con su mole al hombre de nuestros dias; el hombre desaparecia delante de su obra; se necesitaria la fuerza reunida de sesenta mil hombres de nuestros tiempos solo para levantar aquella piedra,—y las

plataformas de Balbek sostienen algunas mas colosales todavía, elevadas á veinticinco ó treinta pies del suelo, para sustentar columnas proporcionadas a aquellas bases.

Seguimos nuestro camino, entre el desierto á la izquierda y las ondulaciones del Anti-Líbano á la derecha, atravesando algunos campos cultivados por los árabes pastores y el cauce de un anecho torrente que serpea entre las ruinas y en cuya orilla se alzan algunos hermosos nogales. El Acrópolis, ó la colina artificial que sostiene todos los grandes monumentos de Heliópolis nos aparecia, aquí y allá, entre las ramas y sobre las copas de los árboles; en fin, la descubrimos en su totalidad y toda la caravana se paró, como por un instinto eléctrico, Ninguna pluma, ningun pincel podrian describir la impresion que aquella sola mirada produce en los ojos y en el alma. Bajo nuestros piés, en el cauce del torrente, en medio de los campos, alrededor de todos los troncos de árboles, veiamos enormes pedazos de granito rojo ó gris, de pórfido sanguíneo, de mármol blanco, de piedra amarilla tan reluciente como el mármol de Paros;—fragmentos de columnas, capiteles cincelados, arquitraves, volutas, cornisas, entablamentos, pedestales;—miembros esparcidos; y que parecen palpitanes, de las estátuas caidas, —todo esto confuso, hacinado; disperso y fluyendo por todas partes como las lavas de un volcan que